

LUIS ARTURO RAMOS

La Señora de la Fuente



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto

México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

La Señora de la Fuente

© Luis Arturo Ramos

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán

C.P. 04510, México, D.F.

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s.n.

www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

República de Argentina 12, Col. Centro

C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Abraham Bonilla

ESN: 3930412102925706379



Se permite descargar e imprimir esta obra sin fines de lucro.

Hecho en México.

Índice

- I. Aunque pocos lo hacen... 5
-
- II. Esa madrugada no la despertaron... 25
-
- III. Ni gatos ni zanates. 45
-
- IV. Ni el agua, ni los zanates... 67
-
- V. La ceremonia siempre tenía... 87
-

I

Aunque pocos lo hacen, a ella le gustaría que todos la llamaran así. El nombre la protege con una sensación de fortaleza que le dura todo el día. Apenas la oscuridad desdibuja las azoteas de los edificios cercanos, se desliza por la estrecha abertura que da acceso al compartimiento que resguarda la bomba de agua que garantiza la vida de la fuente. Ahí, arrullada por su incesante ronroneo, se acurruca y aquieta para que sueños y recuerdos se agolpen en un montón tan apretado como las sombras que manchan la ciudad entera.

Y en las cada vez más frecuentes ocasiones en que los avejentados gargajeos de la bomba la devuelven a la vigilia, se ríe a solas con la certeza de que de ella depende segar el petulante chorro de agua que escurre por el cuerpo de la madona de piedra, luego de horadar el espacio por brevísimos segundos. Empotrada en el ce-

6 mento, tan cerca de su cuerpo que suele fastidiarle la espalda en la agitación de los sueños, brota la manivela que estrangula el líquido en algún sitio de las remotas gargantas de la tubería. Muchas veces ha observado a los trabajadores de Parques y Jardines refrenar el chorro para aliviar las paredes de la fuente del verdín que embija la piedra. Pero aunque sabe cómo hacerlo, se reprime a tiempo y aguarda humilde a que los huecos carraspeos de cobre limpien de flemas las múltiples vueltas en los entresijos de la fuente.

La certidumbre y magnitud de ese poder no utilizado la tienta con la posibilidad de rebautizarse como la Señora del Agua; mas también suele contenerse a tiempo porque acepta que ese nombre sonaría todavía más pretencioso que el anterior, además de extremadamente blasfemo. Sólo María, la virgen niña, merece tal apelativo: se lo ha ganado tras milenios de lágrimas que llo- ran al hijo, primero martirizado y luego muerto a golpes de martillo y clavo. Aunque tal vez, y

concediendo mucho, lo merezca también su con- traparte: la bestia que asesinara a sus propios hijos y que en espera de la sentencia definitiva, entretiene su culpa con la encomienda de lavar 7 ropa ajena en todos los manantiales del mundo. Ella misma convertida en fuente inagotable de un agua pervertida por la sal de su pecado.

Fueron los empleados de Parques y Jardines quienes le pusieron nombre al permitirle vivir donde lo hace. La dejan dormir ahí con la condición de que todos lo ignoren. Pero los secretos son más difíciles de guardar que el pan que le roban de su guarida. Y ambas cosas las comprueba a diario luego de su laborioso recorrido por los vericuetos de la ciudad.

—Ahí va la vieja de la fuente —le gritan sin pudor viejas más viejas que ella misma.

—Pide pan y no le dan —rematan los mu- chachos en otro tono.

Y ella se incomoda porque todos deberían saber que al menos una de tales afirmaciones es

8 mentira. Jamás ha pedido nada. Para eso recorre las calles y levanta las cosas que venderá o canjeará por otras más útiles o simplemente más hermosas. Y aunque lo ha recibido, no le gusta aceptar dinero. Pero el tiempo pasa tan rápido que con sólo cruzar una calle ya se ha convertido en otro. Y la evidencia del cambio queda demostrada con el hecho de que cada vez existen menos cosas que puedan cambiarse por otras. “Ahora todo hay que comprarlo con dinero”, tal es el abusivo argumento de la Señora de la Escalera, que no pierde ocasión para invitarla a vivir con ella.

—No podré guardarle el lugar por mucho tiempo —la amenaza y con razón—. El sitio es el más indicado para vivir de las monedas que caen por sí solas sin necesidad de andar vagabundeando y a riesgo de que cualquier perdulario la ofenda o le haga daño. Pero la Señora de la Fuente no sabe vivir así, y prefiere subir y bajar las calles, meterse en los callejones, explorar los zaguanes, convencer a sus clientes, platicar con

sus allegados y, por la tarde, bajar la cuesta a la hora en que los zanates doblan la curva del cielo para irse a dormir en las arboledas del parque.

9 Todas las mañanas, el aspaviento de los zanates que aflojan las plumas en los charcos de la fuente (aunque la gente afirme lo contrario, son más limpios que los gatos y duermen menos que los sacristanes de Catedral) la despierta a tiempo para reírse de los deportistas que apresuran el paso con el fin de modelar con el filoso cuchillo de la luz naciente, cuerpos que ya nunca volverán a ser jóvenes. Y mientras reblandece las legañas en el agua helada y combate el áspero sabor de sueños tan caprichosos como volátiles, rememora la tibia charla que sostuvo antes de dormirse con el avejentado motor de la bomba. Ese carcomido pero aún potente corazón que mantiene viva a la mujer de piedra, a la fuente con sus venas de agua y a todos sus habitantes.

Entonces le da por cantar melodías que le brotan con una espontaneidad similar a los lim-

10 pios resoplidos de los zanates. Y el cristaleo del joven sol sobre la piel del agua, le permite acordarse de María, descolorida y llorosa en aquel templo húmedo y oscuro. Y para consolarla desde lejos, levanta la cara al cielo y recupera navidades tan remotas que una memoria cada vez más descuidada hace que las confunda con la original. Y primero mira las pastoras y luego a ella misma llevando en su costal regalos pepenados en sus correrías. Siempre próxima al pesebre, pero nunca tanto como para ver la cara del niño o la sonrisa de la madre en ese portal que, aunque de paja, se parece tanto al suyo. Y la vaca muge su tibio aliento con un ronroneo de gato parecido al de la bomba que le calienta los pies y le platica en sueños. Y en éstos, o tal vez en sus memorias (no consigue precisarlo), fatuas campesinas y malolientes pastores le impiden el paso. Y ella se enfada, insulta, y para consolarse un poco, canta ya muy próxima a la vigilia aquello de que la virgen lavaba y san

José tendía los pañales de un niño nunca visto más que en los retratos de la Catedral. Entonces resbala el enfado y se pone triste y busca ropa ajena para lavar y termina llorando como la mujer que mató a sus hijos, mientras los zanates se burlan de ella y la salpican con gotas de agua más fría que sus lágrimas, hasta que los primeros autos pasan a la carrera y ahuyentan a los maleducados; pero manchan a cambio la luz que por unos instantes había cristalizado en naranja sobre el pavimento.

11

Es cuando la Señora alza los ojos y contempla un último baldazo de luz sobre la cabeza de la mujer que corona la fuente, mientras levanta a un niño regordete y pataleante hasta donde sus firmes brazos se lo permiten. Y no atina a comprender si el muchachito trata de escapar volando, o si la mujer de piedra y corazón de lata, lo muestra a todo el mundo, elevándolo por encima de su cabeza como si fuera un sol de orgullo que le hubiera amanecido adentro.

La Señora de la Fuente sabe que el sol se ha convertido en agua para resbalar por las formas de aquella madre que con ser de piedra parió un hijo con sangre verdadera y (se lo ha contado la voz que se oculta en la bomba), en ocasiones, llora como la otra, la perversa que se bautizó a sí misma por tanto llorar y lamentarse por lo que ya no tiene remedio. Por algo ha sido ésta la que el municipio puso aquí, para refugio, consuelo y descanso de los necesitados. Incluidos los trabajadores de la limpia que acostumbran devorar sus almuerzos apoyados en los pretilos de la fuente; o los noctámbulos, que orinan contra el agua en competencias que sólo los hombres disfrutaban; y hasta ella misma, que desde hace tantos años que no atina a enumerarlos, acurruca su cuerpo y sus pertenencias en el boquete que protege a la bomba que propulsa el agua como si fuera un corazón enorme que latiera para muchas personas.

Almidonada por la suciedad y el trajín de los años, la Señora de la Fuente hace mucho que

dejó de ser niña, tanto, que en ocasiones duda de haberlo sido alguna vez. Está convencida de que existen seres que aparecieron tan súbitamente como el musgo en los bordes de la piedra y que su caso es uno de ellos. Por eso no se ofende con los gritos de los muchachos y malabarea con sus palabras para devolvérselas hechas rima.

—La vieja de la fuente —le gritan.

—La sopa está caliente —contesta.

—La loca del portal.

—Envuelta en un tamal.

—Recoge la basura.

—Como si fueran criaturas.

Y siempre es aquí donde la rima se vuelve lágrima. Los muchachos lo saben pero a ella se le olvida, y cuando lo recuerda ya es demasiado tarde y llora sin saber la razón. Sin embargo, se cuida muy bien de proteger su cara con las trenzas mochas porque sabe que es peligroso. Podrían confundirla con la bestia que llora porque mató a sus hijos.

Por eso, cuando el juego se esquina en ese vacío que de pronto le sube desde la barriga, reacomoda en el hombro el costal, apoya su propio peso en el bastón de guayaibo para que nadie se entrometa con una pobre vieja que apenas puede caminar, y reanuda un itinerario que siempre se vuelve distinto gracias a su mala memoria y a lo que se encuentra por el camino.

Quien vive con la vista en el piso aprende a descubrir un paisaje tan voluble y caprichoso como el que ocurre en el cielo. El curso y dibujo de las nubes, la anticipación de las tormentas, la amenaza de nieblas repentinas pueden descifrarse en el múltiple alfabeto de la calle. A la Señora de la Fuente le basta con estudiar la condición del polvo en las orillas de la acera para decidir si resulta sensato continuar su camino o atenerse al amparo de la mujer de piedra. Ha tomado precauciones certeras contra la sinrazón del tiempo, cuando los meteorólogos de la radio festejan domingos soleados.

La vida le ha enseñado que la sabiduría no consiste en saber buscar sino en recoger lo que se encuentra al paso. La convivencia con la gente de la calle le ha indicado que no le pertenece nada que no aparezca en “su camino”. Por eso levanta lo que descubre a sus pies con la única condición de que tenga forma, peso y sea capaz de contener o transportar algo. No necesita más justificación. Reconoce que lo prescindible y aun despreciable para unos, representa un tesoro para otros. Sin embargo, algunos hallazgos valen por sí mismos: el pan, por ejemplo, o las golosinas, las frutas caídas de la canasta del mandado. Otras, las vasijas, ahora casi todas de plástico, los juguetes (cochecitos sin ruedas y muñecas sin brazos: jamás se atrevería a levantar una sin cabeza. Sabe que traen mala suerte) suelen cambiarse y hasta venderse a buen precio a los borrachos (siempre y cuando los sorprenda en la etapa del arrepentimiento) y a las otras mujeres que viven de la calle. Pero el pan nunca lo cambia. Lo conserva para compartirlo

con los zanates, con los perros sin collar o con otros más necesitados que ella, niños, por ejemplo. A veces, especialmente cuando llueve, suele hospedarlos en su cuartito, uno o dos a la vez, más no cabrían. Y cuando los siente tan cerca de sí que hasta pareciera que le hubieran salido de adentro, duerme más a gusto, metidos todos en ese agujero húmedo que poco a poco se entibia con el olor penetrante de los cuerpos y el calorcito que trasuda el corazón de la señora de piedra. Entonces todos juntos sueñan que duermen en un pesebre y que una vaca gorda y pasmada les echa encima su aliento pastoso y caliente.

Al otro día remoja a sus huéspedes en el agua helada. Les quita las costras de mugre, les talla de los dientes la pátina verdosa como ha visto a los de Parques y Jardines hacerlo con las paredes de la fuente, y luego, ya limpiecitos, les mete pedazos de pan en la boca como si fueran pichones. Entonces se siente feliz: rodeada de zanates y escuincles olorosos que se dejan querer con

la boca abierta. Pero se marchan muy pronto y hasta hubo uno que regresó acompañado para sacarla de su casa. Es entonces cuando toma la palabra el garrote de palo de guayaba que le regaló la Muda. Ella le enseñó a blandirlo con eficacia y puntería. De canto cuando el enemigo está lejos, propinando mandobles volados al cuello y a la cabeza; de punta cuando se acerca: pican-do fuerte para ensartar o sacarle el aire al agresor. Y para medir el aprendizaje, fueron las dos muy decididas a probarlo contra los borrachos del callejón. No hubo necesidad. Los ebrios refrenaron sus impulsos cuando las vieron entrar a la callejuela apestosa a orines recalentados, dispuestas a responder con algo más que insultos a sus insinuaciones y manoseos a distancia.

Su mayor problema es que suele confundir el placer con el negocio con tanta frecuencia, que sus inadecuados hábitos se han convertido en tema de conversación entre sus amistades. No duda en detenerse a observar lo insólito o a malgastar lo

poco que tiene con animales o personas. Consciente de sus manías, la Señora de la Fuente procura dejar para el final la plática con los amigos y el recuento del fruto de su trabajo. Sin embargo, de un tiempo a la fecha, el espectro de la mujer que asesinó a sus hijos regresa en los momentos más inesperados, a distintas horas y oculta tras los disfraces más inverosímiles. Pero la Señora de la Fuente tiene tanta experiencia como años y no se impresiona con su falsa amabilidad ni se confunde con sus huidizas respuestas. Sin importar la facha con que se la encuentre, termina por identificarla como la bestia que mató a sus hijos; aunque siempre a destiempo para reclamarle su proceder como se merece y castigarla con algo más ejemplar que su gimoteante recorrido por los vericuetos de una ciudad que, de tanto verla, ya no la toma en cuenta. Y quienes lo hacen, se asustan tanto que hasta se mueren de la impresión como si ellos fueran los culpables del crimen más atroz de que se tenga recuerdo.

Y mientras gira por la ciudad en un viaje que muchos juzgan errático, la Señora de la Fuente deambula acomodada y dispuesta a resolver problemas que no son suyos. Siempre tiene tiempo para detenerse y preguntar a los extraviados el sitio que buscan con la intención de reorganizar sus pasos. Pero todos la miran como si fuera a pedir limosna y le dan la espalda o la despiden groseramente antes de que puedan enterarse de que ofrece ayuda aunque parezca que la solicita. Si se lo permitieran, orientaría a los despistados, los conduciría por rutas exactas y desenredaría la apretada madeja de la ciudad ante sus ojos para acomodarlos en su destino con la sapiencia de una pájara que sabe dónde se encuentra el voraz piquito del crío. Conoce al dedillo los vericuetos de la ciudad, la ubicación de puestos y mercaderes y el género de mercancías con que trafican. Sabe quiénes ofrecen los mejores precios y los que comercian con artículos inconvenientes o mal habidos. Pero pocos la miran

y casi nadie le habla. Sólo la Muda y la Señora de la Escalera confían en ella. Bueno, ellas y los zanates que se desayunan en la fuente.

20 En algún momento de su recorrido, la Señora de la Fuente pasa por la Catedral. Y en parte porque quiere volver a verla, y en parte porque desea saludar a su otra única amiga, se da el tiempo para entrar y contemplar una vez más la estampa de aquella mujer que es madre simultánea de un niño, de un hombre y de un muerto. Todo eso, lo ha comentado con su amiga, no sería extraño si no se tratara del mismo. Pero encontrarla contenta en un nicho con el pequeñito en brazos, y en otro triste con el muchachote a cuestas, le imprime una desazón mayor que la que reconoce al verla sola y vestida de reina pobre.

La Señora de la Escalera insiste en que son tres momentos distintos aunque sea el mismo hijo.

—A poco no ha visto usted —dice y con razón— retratos de los muchachitos donde aparecen con muchas edades.

—Sí —concede la Señora de la Fuente—, pero ninguno de ellos es famoso. Y aquí —y con un golpe de jeta señala hacia el desacato—, en todos los retratos lo es.

21

—Pues para eso es Dios —termina de nueva cuenta su amiga en un tono que pone fin a la discusión.

Y para distraerla del tema tanto como para satisfacer su irredenta curiosidad, la Señora de la Escalera le pide que le muestre el mejor hallazgo de su recorrido. Y ella, sin reprimir su disgusto por la respuesta de siempre, saca del costal los más preciados ejemplos de la labor de un día, ante cuya apariencia va cediendo su malhumor y renovándose el asombro. Y entre ambas terminan calculando precios, posibilidades y discutiendo si aquel cacharro de peltre valdrá el arete que le hace falta para completar el juego.

—Si ofrece usted también la cobijita —aconseja la Señora de la Escalera.

Y la Señora de la Fuente levanta las tiras de estopa de su cabello para que su ya envidiosa amiga admire con la imaginación lo que muy pronto verá con sus desteñidos ojos pendiente de sus orejas, porque ambas saben que el frío se aproxima y que tanto la cafetera de peltre como la cobija de huata aumentan su valor día con día.

Evaluada las posibilidades, la Señora de la Fuente deja a resguardo algunas de sus posesiones. Intercambian pan, trapos y alguna que otra mercancía necesaria para cualquiera de ellas. Y aunque reconoce que por lo general el trato le resulta injusto, se conforma porque la reposada voz de su amiga, ya contagiada del tonito conminatorio que procede del interior de la iglesia, llena esa necesidad de pertenencia que no ha podido conjurar.

No obstante, y para equilibrar de alguna manera la inconveniencia del trato, la Señora de la Fuente se da tiempo para volverse a mitad de las escaleras que la alejan de la puerta principal, para aclararle que ella hubiera actuado de mane-

ra distinta: ni asesinado a sus hijos, ni permitido que lo sacrificaran como la mujer que vive en el templo. Si en verdad era virgen, ¿por qué no se lo llevó al cielo antes de que se lo maltrataran?

Ella todo lo hubiera hecho diferente. Y se siente cada vez más segura de su afirmación, cuando admira a la mujer de piedra, más llena de formas que de ropa que oculte lo que tiene de mujer. Formas y sobre todo un hijo que en los descuidos de las tardes acostumbra volar entre los brazos de su madre y esa luz color naranja que lo llama desde el fondo del cielo. Un hijo vivo y que nadie visita a pesar de ser más lindo.

Cuando la Señora de la Fuente regresa llevando al hombro el costal atiborrado, disfruta viéndolo volar contra el cielo jugoso y anaranjado, libre de manos que lo contengan, ajeno al peso que da forma a su regordete cuerpecito, entretenido con los zanates que revolotean a su alrededor y lo invitan a un vuelo más alto y prolongado. Pero la mujer, aunque de piedra, es

también su madre y lo detiene. Y un poco por travesura y otro poco para comprobar el filo del abandono, la Señora de la Fuente imagina la escapatoria del muchachito para que al instante el gusto se le vuelva tristeza, porque la mujer de piedra colma la oquedad de los brazos en vilo con plegarias que se vuelven amenazas. Sin el niño, su vecina se vuelve una de esas estatuas metidas en los rincones de la Catedral, compañera de esa otra, demacrada y ojerosa, que no supo proteger a su hijo cuando llegó la ocasión.

II

Esa madrugada no la despertaron los zanates. Los empleados de Parques y Jardines llegaron primero y le jalaron los pies hasta sacarla del sueño. El atrevimiento la puso de malhumor, y no porque la hubieran despertado, que eso siempre tendría que ocurrir, sino porque lo habían hecho entre las risas que sólo usaban para divertirse entre ellos.

Sacó el costal, el bastón de guayabo, los cacharritos de la cena, la bolsa del pan y se enredó entre hombres conocidos y desconocidos, viejos y jóvenes, jefes y patanes que miraban los pretiles, trepaban a los soportales, pasaban la mano por los tobillos de la mujer como si le tomaran el pulso, y sin pedir permiso, se metían a su covacha para maniobrar con la manivela de la bomba. Pero eran los dueños de la casa y tal vez consideraban que ya era tiempo de cepillar

el limo o de reparar el enredijo de venas que garantizaban el agua para la mujer y el niño.

26 Por eso dejó de gruñir, acopió sus pertenencias, mojó los dedos en el agua que ya se vaciaba por las coladeras, se talló la cara aún tibia por el calor del último sueño y se alejó con suficiente lentitud como para detenerse a cada paso, volver la cabeza y mirar a aquellos hombres afanarse en las vueltas de la fuente. A pesar de sus cómicas y atolondradas maniobras, había mucho de respeto en la forma en que untaban la mano en las caderas de la mujer de piedra, y un cuidado no exento de ternura en la manera que palpaban la carne del pequeñito. Así que se alejó conforme y segura de que a su regreso encontraría la casa limpia y olorosa a gasolina, colmada por el sedoso rezumbar de la bomba. Y mientras ascendía la cuesta, la mañana creció frente a sus ojos tan lentamente como sus pasos. Y muy pronto, la reconocida certeza de que la ciudad la esperaba como un regalo al que poco

a poco iría despojando de sus múltiples y variadas envolturas, volvería a causarle el gusto y el estupor de siempre.

27 Pero esta vez no fue así. Los zanates la alcanzaron y pasaron volando rumbo a sus propios sitios de avío. Al divisarla soltaron graznidos burlones que le salpicaron el pelo como la caca de los pichones de la plaza mayor. Qué culpa tenía ella de que no hubiera agua para sus gargajeos matutinos. Que fueran y cagaran a los de Parques y Jardines, únicos culpables de este desatino que ya le había echado a perder la jornada. Blandió el guayabo sobre su cabeza a manera de amenaza que las aves confundieron con un saludo, y continuó el camino. El día había comenzado distinto pero ya encontraría la causa al doblar alguna esquina.

Levantó lo que le atrajo y resguardó lo conveniente en el costal de yute. Muy pronto se percató de que ejercía la profesión sin más cuidado que el que exige un acto reflejo y sin sentido. Sa-

queaba los tachos sin otra consideración que el peso y el tamaño como si quisiera colmar lo más aprisa posible el voraz estómago de su costal.

28 Se dio cuenta de que no tenía ganas de trabajar, lo cual se manifestaba en el desprecio de los tesoros que comenzaron a pasar bajo sus pies como las nubes por el cielo. Igual de sucias pero convertidas en formas inverosímiles que serían también un regalo para quien las viera desde lo alto. La virgen, por ejemplo, metida en un viaje que sólo terminaría cuando recuperara a su hijo. Consideró que a pesar de que pagaba una culpa pequeña, ésta pesaba lo suficiente como para tenerla ojerosa y desvelada. Pero nada más. Siempre en un rincón y a oscuras; eternamente arrepentida por el descuido con que había entregado a su hijo a aquellos hombres empenachados como gallos de carnaval. Siempre en ascenso y en una sola dirección, la virgen penaba a su manera igual que la mujer que vagaba sin destino por calles y callejones.

Se divirtió por adelantado al imaginar la cara de su amiga cuando le hiciera la comparación. La beata de la escalera. Sin embargo, los muchachos del rumbo no le gritaban “loca” como a ella. Al contrario, le daban monedas y cobijas como si fuera capaz de hacer milagros. Si a ella le gritaran “vieja beata”, contestaría: te dejo como piñata. Y para demostrarlo, mandaría dos o tres mandobles a una ficticia que colgaría del cielo como la luna de algunas noches, y deseando de todo corazón que fuera el atrevido quien guindara del pescuezo y a su alcance. A su amiga del callejón le gritaban más y cosas peores. Pero ella como si nada. Como si fuera sorda en lugar de muda. Y al no poder asustarlos con unas buenas coplas, sólo les hacía señas con las manos como si estuviera amasando el nixtamal reseco y gris de la tarde.

Entonces se le ocurrió visitarla a deshoras. Anudó la boca del costal como el tendero le pone candado al establecimiento, y se encaminó

hacia el mercado. Aquellos eran otros territorios y nadie debía meterse con los negocios ajenos.

30 La vio desde lejos, en fila y contra la pared. Entre los puestos de frutas y verduras de baratijas y remedios contra la enfermedad y la magia negra, esperando sin gritar a diferencia de los gritones que siempre alababan su mercancía. Descubrió a su amiga sentada en un quicio mirando su cuaderno de figuritas.

—Muda —la saludó.

Su amiga levantó la cabeza y se sorprendió de verla. Cuando se puso de pie, la falda encarnada se pegó más a sus muslos prietos y gordos, y ocasionó que sus rodillas se proyectaran al frente como si una poderosa mano hubiera oprimido su cuerpo entero. La Muda le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza. Atravesó en rollo la revista tras su grueso cinturón de pirata y la encaró con los ojos muy abiertos.

—Están limpiando la fuente —explicó. Por toda respuesta, su amiga se tocó repetida-

mente los labios con los cinco dedos vueltos uno y la Señora de la Fuente respondió que no. La Muda la invitó a seguirla con un movimiento de cabeza. Caminaron a lo largo de la prolongada hilera de faldas policromas que exhibían rodillas resecas como si fueran trenzas de ajos.

31

Sentadas frente a frente, remojaron el pan en el café con leche. La leche siempre le provocaba unas vergonzosas ganas de llorar; pero ante la Muda no había que dar explicaciones y se secó las lágrimas con el dorso de la mano mientras su amiga simulaba indiferencia, ayudada por la degustación de su propio desayuno. Terminaron de sopear el pan de dulce y con un violento y definitivo trago acabaron con los residuos pegados al fondo del vaso. Entonces la Muda levantó las manos a la altura del pecho e interrogó con la mirada.

—Llegaron los de Parques a limpiar.

La Muda sostuvo el gesto y las manos palma arriba a lo largo de la breve respuesta. Luego recostó la cabeza en una de ellas.

—Ahí mismo... No creo que se dilaten mucho.

De buenas a primeras, el diálogo con la Muda la ponía frente a la posibilidad de un peligro cercano y preciso. ¿Y si no la dejaran volver? El sabor del miedo le salió a la boca revuelto con el gusto amargo del café. La atrapó en un espacio que había que romper de alguna manera. Tuvo ganas de levantarse y regresar corriendo. La Muda reconoció el espanto, y para prevenirlo colocó una mano sobre su brazo. Negó con la cabeza mientras propinaba golpecitos en el brazo de su amiga.

La Señora de la Fuente sintió que el temor abandonaba su estómago y volvió a descubrir hambre en el sitio donde había nacido el miedo. Su vientre respondía espontáneamente a esas dos sensaciones fundamentales y a veces resultaba difícil diferenciar una de la otra. Pero esta vez ambas volvieron a reconocer las fronteras y la Muda pidió más pan y un vaso de café aunque esta vez sin leche.

Así se habían conocido. En una ocasión en que el hambre y el miedo se habían confundido tanto que se volvieron una mancha que se extendió por todas direcciones como un baldazo de aceite sobre el pavimento. Pero entre ambas supieron convertir todo aquello en un rencor que las volvió todopoderosas, al menos durante el tiempo suficiente para desbaratar la conjura que pretendía despojarlas de sus pertenencias. Las piedras de la loca de la fuente, las filosas dagas en que súbitamente se habían convertido los puntiagudos tacones de las zapatillas de la del callejón, atajaron a los hombres en su propia impotencia. Éstos sopesaron largamente la situación para replegarse después, protegiéndose las espaldas con una andanada de insultos. Las aliadas no respondieron, temerosas de que sus propias palabras resquebrajaran el cerco que con tanto esfuerzo habían logrado levantar. A juzgar por la reciedumbre con que su amiga había enfrentado los amagos, fintas e insultos de los enemigos, el

silencio no sólo resultaba la mejor estrategia, sino una bandera de honor y dignidad.

34 Sin abandonar las armas, los vieron retirarse y dar la vuelta en la primera esquina. Aguardaron en posición de combate hasta que la quietud que llenó el espacio les aconsejó bajar la guardia. Entonces, amparadas por aquel silencio de confesionario, decidieron echarle una ojeada al campo de batalla donde el botín de todo un día yacía esparcido entre las lajas de la callejuela.

La desconocida buscó el sostén de una pared para calzarse las zapatillas. De pie, apoyada apenas contra el muro, levantó una pierna regordeta y morena hasta donde la estrechez de la falda se lo permitía. Luego inclinó el torso para que sus brazos alcanzaran unos pies extrañamente blancos por la falta de sol. La torpeza de sus movimientos no ayudó a la Señora de la Fuente a reconstruir el súbito y elegante movimiento con que la vio aparecer, de pronto y a su lado, armada de aquellos puñales seguramen-

te afilados en las piedras de la calle. Conmovida por aquella mujer deseosa de alcanzarse a sí misma, se aproximó para sostenerla del codo y con su largo y flaco brazo de cigüeña, ajustó delicadamente la destartalada zapatilla en un pie rechoncho y pálido. Cuando levantó la cara se dio cuenta de que la mujer estaba llorando. Y se dio cuenta también de que tampoco sabía llorar porque lo hacía en silencio, como no vale la pena hacerlo, como si cantara muy bajito y sólo para ella, o como si en lugar de una victoria, hubiesen perdido la batalla.

35

La mujer agradeció el gesto con una sonrisa que ignoró por completo los lagrimones que le hacían brillar el rostro moreno, y se desplazó entre las piedras del callejón con torpes bamboleos de equilibrista para ayudarla a recoger los tesoros regados por el piso. Curiosa, la Señora de la Fuente atestiguó el efectivo remate con que le torció el pescuezo al costal y el elegante impulso con que se lo llevó al hombro. Dueñas

de la situación, caminaron en dirección hacia donde habían huido los fugitivos como si quisieran confirmar con su paso la victoria sobre el enemigo. Impresionada con el soberbio silencio de su aliada, la Señora de la Fuente supuso que éste las alejaba de todo mal como si estuvieran dentro de una iglesia. Por eso lo respetó y contribuyó a sostenerlo durante varias cuerdas del camino compartido.

Le costó trabajo percatarse de que era muda y de que lo que consideraba tácticas de combate afiladas en los arduos días de guerra, eran simplemente efecto del estupor que le causó la certidumbre de nacer en un mundo donde no era bienvenida. Para lidiar con él bastaban las manos y los gestos, que la lengua, en su oficio, bien podía servir para cosas más lucrativas.

La Muda la acompañó hasta la fuente. Y desde entonces, a raíz de un tácito compromiso que sin saber por qué se convirtió en costumbre, acudió a visitarla todas las noches sólo

para preguntarle si estaba bien, con un ademán preciso que exigía una rápida respuesta. Y la Señora de la Fuente se acostumbró a oírla aparecer descendiendo la cuesta como si fuera un pájaro de largas uñas, equilibrando el peso sobre un par de zapatillas resquebrajadas por los charcos y el trasiego. Un clic-clic solitario y decidido que rebotaba en la piel siempre tensa de la oscuridad, o se adormecía humedecido por la neblina. Y justo cuando el tren de las once clavaba su pitido largo y triste en las jorobas de la noche, aparecía la cabeza de la Muda en la puerta del agujero para inquirirle con un gesto inconfundible su “¿Cómo estás? ¿Se te ofrece algo?”

—Nada... muchas gracias—agradecía la Señora de la Fuente a una silueta que ya se marchaba a buscar la vida en el otro extremo de la ciudad.

Y una noche dejó de acudir porque la Señora de la Fuente había aprendido a cuidarse sola. Y entonces la amistad se volvió de iguales y no un compromiso que a la larga termina por corrom-

perse. Y ese borde exacto lo marcó con un regalo: el garrote de palo de guayabo. Y para celebrar el acontecimiento, salieron ambas a verificar en superficies sólidas y blandas, erectas y horizontales, la vigorosa firmeza del bastón, digno representante de un árbol que brinda sustento y contento además de apoyo y seguridad, como ambas tuvieron ocasión de comprobarlo tantas veces.

Y aquella vez en la fonda, la Señora de la Fuente comprobó que el palo de guayabo no servía solamente para defender y sostener su propio peso, sino que representaba la recta amistad de la Muda a pesar de los nudos y jorobas que corrían desde el puño hasta el puntero. Y por ello no le fue difícil confesarle su temor igual que si fuese su hermana o una de esas maquilladas estatuas en los templos.

—Si me corren de ahí, ¿quién va a cuidar al niño?

La Muda rompió el rechoncho betún de su cara con una sonrisa y colocó la mano en medio

de los pechos. Y para subrayar lo obvio, entrecruzó los brazos para fabricar un nido bajo sus pechos vastos apretados en polyester, y arrulló un vacío que poco a poco adquirió forma de infante. Y cuando la Muda estuvo segura de que la Señora de la Fuente lo había visto todo, separó un brazo para señalar a su amiga y después a ella misma y terminó por dejar que el dedo viajara repetidamente entre ambas para dejar bien en claro que las dos. Sí, que las dos lo cuidarían como madre y comadre.

—No —decidió la Señora de la Fuente—, mejor seremos sus madrinas.

Y en ese instante también descubrió que era incapaz de entender si acababan de nombrarse madrinas en ese momento o ya lo eran desde que ambas fueron a conocer su casa. Y lo que su amiga intentaba con aquel premeditado gesto era recordarle que para algo más que para sostener su peso le había regalado el garrote de guayabo.

La Señora de la Fuente correspondió con un vestido de algodón lo suficientemente holgado como para cubrir las cabezas de ajo de sus rodillas. La Muda se lo había agradecido con abundantes muecas y sonrisas pero nunca se lo puso. Para ella era importante entallarse el cuerpo con los tres fibrosos vestidos que le conoció, y sacar al balcón del escote los pechotes prietos como nalgas de chamaco sentado en un barandal. Y para demostrarle que no era grosería sino necesidad, le había enseñado una de esas revistas que tan detenidamente miraba, en las que mujeres faldicortas, voluminosas y chamorrudas, se contoneaban en el dibujo por obra de esas onditas que los dibujantes suelen poner alrededor de las nalgas y las tetas.

La Señora de la Escalera es la única de sus amistades que sabe de letras; conocimiento en el que aposenta la petulancia de su fingida humildad y que termina por echarle en cara cada vez que sus argumentos la aprietan todavía más con-

tra el pórtico de la Catedral. “Pues porque así lo he leído”, remata recuperándose del asedio. Y para la trompa como si levantara una cruz en el calvario. La Señora de la Fuente acepta la derrota porque la ha visto leyendo las letritas de las estampas con un metálico sonsonete de sacristán, al mismo grupo de atentas viejas que sólo se diferencian de ella en que tienen casa.

De regreso a la suya, la Señora de la Fuente volvió a sentir la desazón que le provocó romper con su rutina. Aunque las visitas a la Muda eran frecuentes, la de aquella vez tuvo mucho de improvisado. Jamás había ido a buscarla tan temprano aunque a ella pareció gustarle verla ahí tan a deshoras. Sin embargo, sentía que quebrantar el orden de una manera tan abrupta, traería consecuencias que ya se dejaban sentir en ese vacío que le subía por las piernas y que no se debía al hambre sino al desasosiego. Se revolvió incómoda en sí misma como si no llevara medias o algo peor, calzones.

42 Salir de la rutina la obligaba a pensar. Y lo que resultaba peor, a pensar en el pasado. Algo, mucho, estaba segura, había sucedido antes de que encontrara en la fuente la casa que había perdido por descuido o por culpa. Algo enorme y confuso, extraviado en algún sitio oscurecido por la lejanía, se aproximaba a ella cada vez que el día la atosigaba con una novedad. Hasta hoy, “ayer” había sido el nombre de ese olvido sin orillas que lo avasallaba todo. Y ese olvido la reconfortaba en su agujero y la fortalecía en las ocasiones en que la falta de pan dibujaba su forma en la barriga y el frío levantaba la piel de puntitas. Mas de pronto, sólo porque a un grupo de extraños se le ocurría reunirse a los pies de la mujer de piedra, y observarla con los ojos de quien estudia las vetas blancuzcas de la carne en los ganchos de las carnicerías, la calle le había amanecido a destiempo, y la había conducido por una ciudad que ya no comenzaba en sus manos. Una ciudad donde el miedo y el

hambre se volvían a confabular para tejer un enredijo que sacaba los nudos más allá de su garganta.

43 Al bajar la cuesta que remataba a los pies de la mujer de piedra, descubrió el impetuoso vuelo del niño contra las últimas humedades de la tarde. La imagen reblandeció un poco el estropajo del pecho y la reconfortó como sólo puede hacerlo una tonada conocida. Había llegado a casa y los zanates, en represalia por el despojo de la madrugada, resoplaban con ímpetu de búfalos en el minúsculo océano de la fuente, salpicando con agua la luz entre sus plumas.

III

Ni gatos ni zanates. Ni ruido de autos ni carreras de deportistas. El corazón de la mujer de piedra había dejado de latir. Estaba muerto. La Señora de la Fuente aguzó el oído y la conmovió el silencio del agua. Las entrañas de la fuente reseca como un cuero puesto al sol. Palpó el motor de la bomba y comprobó su frialdad, la vibrante tibieza de otras veces había perdido el aliento. 45

Abandonó el agujero y giró alrededor de la fuente en busca de alguna razón. El limo chupaba la tierna luz de la mañana Y la ponía de verde en la punta de los filamentos. Sucios manchones subían por los platos y escudillas haciéndole carantoñas desdentadas. Nada. El agua había escapado por los agujeros de las pichanchas y el agotado corazón de cobre no había podido hacerla regresar.

Levantó la vista y volvió a mirar en el cuello de la mujer el letrero que tal vez apuntaba su nombre.

CONDENADA

46 Ayer no le había dado importancia. Tampoco era la primera vez que algún malcriado la ataviaba con trapos o la disfrazaba con collares, caretas o serpentinas. Pero había llegado tan cansada que se metió a su agujero sin tomarse la molestia de despojarla de los afeites que otra vez le habían endilgado. Sin embargo, ahora, huido el cansancio, la tabla de madera con aquellos dibujos pintados significaba algo que no alcanzaba a entender. Por fortuna no se habían metido con el muchachito. Continuaba manoteando al cielo como si a gatas quisiera ascender los escalones de luz que el amanecer abría en el viento.

Entró en su agujero y salió con un trocito de lápiz y un pedazo de papel. Con dedos adiestrados en el prolijo desenredo de piolas y mecates, copió los dibujos respetando el tamaño, igualando los espacios que los separaban, manteniendo

el orden de las líneas pintadas de rojo y rectificando con saliva los tropiezos de sus dedos gordos por el frío de la mañana.

Luego de tres ensayos que sopesó minuciosamente sobre el reborde principal de la fuente, se decidió por uno. Se retiró hasta alcanzar el medio de la calle, y desde ahí, lo comparó con el que pendía del cuello de la mujer de piedra. Asintió complacida aunque sin desentenderse del temor que ya le pulsaba en todas las esquinas del cuerpo. Regresó al agujero, ordenó sus pertenencias en el costal, se metió el dibujo entre los trapos del pecho y volvió a salir sin percatarse de que olvidaba el bastón de guayabo en el fondo de la covacha. 47

Por el camino el letrero se balanceó colgado de su recuerdo como si fuera ella misma quien lo trajera guindado del pescuezo. Reconstruyó la noche anterior y volvió a torcer la boca disgustada por lo que continuaba imaginando otro atentado contra la dignidad de la mujer

de piedra. Lo que ayer le había parecido una bufanda enrollada al cuello para protegerla del frío cada vez más apremiante, le semejaba ahora una carta no recibida a tiempo. Apuró el paso ajena a lo que encontraba en su camino, aunque desquitando el desconcierto con empujones e insultos malintencionados en los borrachines adormilados al sol de la mañana. Le preocupaba la prontitud con que se acumulaban los acontecimientos. La intuición la obligaba a colocar en una misma línea a los hombres que había visto seguir con minuciosidad de hormigas los vericuetos de las grietas en el cuerpo de la mujer, y ese letrero que hasta hoy advertía a cabalidad. Ahora, los dibujos agitaban las patas dentro de su cráneo y hasta creía oír voces que no entendía pero que seguramente gritaban las palabras del letrero. Y por aplacarlas un poco, trazó de memoria las rayas curvas y las líneas rectas con tan mala fortuna, que no empataban con los que había dibujado en el papel como

podía comprobarlo cada vez que se lo sacaba del pecho para colocarlo ante sus ojos.

Se topó con las campanadas de la primera misa antes de bajar la cuesta que la dejaría frente a una de las puertas laterales de la Catedral. Contuvo el tranco porque deseaba evitar que su amiga la mal atendiera con tal de reclamar ayuda a los fieles que ya estarían entrando a la iglesia. Sería mejor esperar hasta que la calma de la misa en proceso convirtiera al portalón en un inmenso confesionario. A salvo de carreras y preocupaciones, su consejera descifraría el mensaje que había encontrado, no a la puerta de su casa como acostumbran los carteros, sino justo encima de ella, colgada del pescuezo de la mujer, escurriendo por su cuello como esa baba que provoca en los dormidos el mal del resuello.

La encontró agradeciendo una caridad y aguardó a que aprisionara su ganancia debajo de los chales que le protegían, más que el pecho, lo mejor de su tesoro. Se acercó sin darle

los buenos días, le encajó bajo los ojos el papel arrugado por el trajín de la caminata.

—¿Qué cosa dice? —exigió.

50

La respuesta fue como un sonoro escupitajo que la obligó a bajar la vista. La vio golpear la losa del piso y extenderse luego como una babosa. La vio deslizarse por la pulida superficie de la piedra y entrometerse en las junturas como un animalucho avergonzado de su propia apariencia.

La Señora de la Escalera la miraba escandalizada. El gesto se le volvió repugnancia cuando la interrogó.

—¿Quién te mandó esto?

—No lo sé... Lo encontré en mi casa.

La Señora de la Escalera recuperó la compostura con profesionalismo de actriz. Humilló los ojos. Chasqueó la lengua compungida y comenzó el leve movimiento de cabeza que sacaba por el cuello aquel olor que le subía desde quién sabe dónde, como un cacharrito que ascendie-

ra desde las profundidades de un pozo oscuro y rancio. Pero no tardó en levantar la cara y la Señora de la Fuente pudo advertir todo el odio que se le acumuló en los ojos.

51

—Merecido te lo tienes... No se insulta en vano a la Santísima Virgen.

La Señora de la Fuente sintió el miedo extenderse a chorros desde su ombligo. Desde ahí llenarle el triángulo de la entrepierna y la brecha entre los pechos con una mancha de hambre y hielo. Pensó en la Muda, en su garrote de guayabo olvidado por las prisas en la covacha de cemento. ¿Dónde estaba todo que nada hallaba?

La Señora de la Escalera talló la quemadura del terror con sabia conciencia.

—Arrepiéntete mucho... Háblale a la Virgencita... Dile que no lo hacías adrede...

La Señora de la Fuente asintió más atemorizada que contrita. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa. Regalarle sus tiliches, sus cobijitas, darle más pan por menos dinero.

Su consejera sonreía oyéndola con un pudor que disfraczaba la mueca mordaz.

—Dile que evitarás las malas compañías...

52

La Señora de la Fuente respingó alarmada. La Muda. Hablaba de su amiga como si fuera una maldición.

—...Que te apartarás de las mujeres malas que tanto daño te hacen.

Se puso de pie diciendo que sí con la cabeza para evitar que continuara añadiendo cargas a la promesa. Mintiendo con el gesto apenas un poquito porque su disposición no era tan grande.

—Ve, ve...

La invitó su consejera con un sostenido ademán que equivalía a una bendición. Y la siguió con los ojos hasta que desapareció en aquella oscuridad colmada por los unánimes murmullos de la misa de seis.

La Señora de la Fuente luchó con el enredijo de cuerpos hasta que alcanzó los pies de la

virgen. Se dejó caer de rodillas y se retiró con agilidad de pájaro. Las baldosas anunciaban el invierno. Estaban heladas y el frío era tan maldición como el hambre y el miedo: la trinidad enemiga que instala su reino en la tierra. Colocó el costal frente a sí y se acogió a la muelle suavidad de los trapos. A la virgen no le importaría. Ya entrarían en componendas a la hora de las promesas y de los cumplimientos. Si le garantizaba el perdón, estaría dispuesta a arrodillarse en el vidrio.

53

Levantó la vista y encaró el rostro de la virgen. Sus ojeras, sus cachetitos pintados, la sonrisa maliciosa de quien invita al regateo. La cuna de sus brazos donde un niño grandulón hacía equilibrios en aquellas manecitas de manicura. Entonces los malos pensamientos regresaron azuzados por la bienvenida certidumbre de que su culpa no daba para tanto. Volvió la cabeza para reconfirmar su idea y lo vio en la pared de enfrente, grandote y maltratado, colgado de

la cruz como el letrero de la mujer de piedra, desnudo y sangrante, sufriendo a diario una muerte que aún no terminaba a pesar de que había comenzado hacía muchísimos años. Y ésta, tan escuálida, tan enclenque, no había sido capaz de defenderlo. Permitted que se lo llevaran soldados con sombreros de carnaval. Los miró otra vez, alternativamente, al niño y al hombre, cada uno en su pared, frente a frente aunque distantes y ajenos, como si se contemplaran en espejos sin moldura.

Qué podía pedirle entonces. Cuál era su poder. Volvió a estudiar su cara de virgen: sus ojeras, la mirada perdida en tanto azul. Vio la forma en que sostenía al hijo chiquito. Dos descoloridas manos de monja donde el niño hacía equilibrios para no caer y reventarse en el suelo. Manos que no habían sido lo suficientemente fuertes para defenderlo contra los soldados; pero que sin duda alguna tendrían poder bastante para condenarla al infierno.

Juntó las manos a la altura del pecho y le pidió perdón con una voz que descubrió muy parecida a la de la Señora de la Escalera.

—Virgencita, no lo vuelvo a hacer... Te prometo no hablar mal de ti ni volver a compararte con la otra que mató a sus hijos. Pero quítame la culpa, no me mandes a tus ángeles a dejarme recados...

Levantó la vista y trató de descubrir el efecto de sus palabras en el parafinado semblante de la virgen. Una chispa de luz resquebrajó la azulina y jabonosa superficie de su ojo derecho y se proyectó hasta reventar con un guiño de complicidad en los suyos. Fue como si hubiera encontrado una moneda en su camino y sonrió para agradecerlo.

—... Y también Virgencita, ya que andamos en éstas, haz que regrese el agua a la fuente y que vuelva a latir su corazón... Gracias.

Se levantó y se dejó caer de nuevo para persignarse. Abandonó la iglesia por una puerta

lateral. No quería darle cuenta de sus tratos a la de la Escalera. Que se retorciera con la curiosidad mordiéndole las tripas. Deseaba conservar para sí misma el secreto del perdón. Caminar con la seguridad del cielo no resultaba cualquier cosa. Era como la historia de aquel pordiosero que andaba las calles de la ciudad con un millón de oro en la bolsa.

No obstante, a pesar de su deseo, no logró convencerse del todo. De vuelta a su agujero, el miedo de antes se diluyó hasta reducirse a un goteo de preocupación que pulsó y pulsó durante todo el camino. Su plática con la virgen había resultado un jarabito que removi6 las raspaduras de su garganta; pero sin eliminar del todo la carraspera del remordimiento. A diferencia del hambre, la culpa no remordía en el est6mago sino en el alma, donde quiera que anduviera esa pizpireta que no ponía pie en firme por más de una noche. Pero no era para tanto y sólo ejemplificaba con sus innecesarios temores el princi-

pio del mucho temer por el mucho deber. ¿Pero qué podía ella deber y a quién? Como no fuera hablar de más en ocasiones o echarle al costal un bocado cuyo dueño conocía. Pero jamás lo había engordado a costa de los demás sino de sus desperdicios y en eso no existía culpa. La Señora de la Escalera tenía razón. Se había ido de la lengua y ahora estaba pagando por sus habladas y no cobrando, como ella, por las suyas.

Antes de alcanzar el principio de la cuesta cuyo descenso la pondría a los pies de la mujer de piedra, la Señora de la Fuente advirtió la escandalera de los zanates. Los vio tejer una guirnalda con su vuelo negro y concéntrico. Nunca los había visto por ahí a esa hora del día, *en que andaban procurándose la subsistencia como todo animal decente*. Supuso que la virgen le había devuelto el agua y que su culpa comenzaba a reblandecerse, despacito, como la escarcha de los últimos días en las mañanas soleadas. Los zanates festejarían el regreso con vueltas y zam-

bullidas; sin embargo, la carraspera no cedía en su garganta a pesar de los múltiples pujidos, y el golpeteo de su propia sangre continuaba ahí, picándole en las verijas como una comezón malsana. La desconfianza la traía pegada a la entretela igual que una mancha enraizada ya para siempre en los sitios donde nadie alcanza a mirar.

No le falló la intuición. Desde la curva de la cuesta, sitio desde donde acostumbraba festejar el regordete vuelo del muchacho, descubrió su ausencia. Las manos de la mujer habían quedado convertidas en muecas, empequeñecidas por la falta, iguales a las de la modosita, sólo buenas para lavar pañales benditos por la caca del niño. Miró el letrero colgándole del cuello como la prueba de una asquerosa enfermedad. Sin embargo, un agua lerda y gruesa escurría por las curvas de la mujer y caía con torpor de gotera en los platillos de la fuente. Bajó a trompicones. Alcanzó el primer pretil y advirtió aquella pasmosa placidez que nadaba sin ruido y sin oleaje en el

ancho pozo de la fuente. Era agua mala, incapaz de ser cortada por el poderoso pico de los zanates o el acerado filo de sus plumas. Los zanates chocaban contra aquella dureza, enloquecían el aire con la ceniza de sus plumas y levantaban el vuelo hasta formar un negro tizón que humeaba a media altura. La virgen la había traicionado, y tal había sido el engaño, que mientras platicaba con ella no sólo había mandado a sus ángeles a envilecerle el agua, sino también a arrebatarse al niño.

Los zanates la miraron meter la mano, llevársela a los labios y escupir asqueada. Era un agua metálica, apestosa a orín. Sobrevolaron su cabeza y ciertos ya de que había advertido el escándalo, se alejaron carcomiendo el viento con sus graznidos. La Señora de la Fuente quedó sola y silenciosa a los pies de aquella mujer sin hijos y sin corazón, de cuyo cuerpo escurría una nata enmohecida que inundaba el curso de las grietas en la piedra.

La miró a la cara.

—¿Dónde está tu hijo?... ¿Por qué dejaste que se lo llevaran?

60 Y la mujer respondió con el doloroso vacío que antes había sostenido el vigor del muchachito. Sin embargo, a pesar del evidente dolor que la enverdecía, las lágrimas que pegosteaban su cara eran babas que no invitaban a la piedad sino al asco.

Sacó del agujero el garrote olvidado y lo acomodó dentro el costal semivacío.

Levantó la cabeza.

—¿Por qué no lo defendiste? ¿Por qué dejaste que se lo llevaran?

El letrero en el cuello se convirtió en una triste mueca de dientes enrojecidos. La amenazó con el bastón.

—Putá —le dijo.

Y se marchó a buscar a su comadre para que la ayudara a encontrar a aquel niño que debería estar en algún lado.

Encontró a la Muda sentada en un quicio. La llamó desde el otro lado de la calle. La Muda se puso de pie, dio un violento tirón a su vestido colorado y se lanzó al arroyo a bordo de sus zancudas zapatillas. Evitó las embestidas de los autos como quien esquivaba tarascadas de lagartos en un pantano y se colocó frente a ella. Le preguntó la causa de su visita con un rápido movimiento de cabeza.

—Los soldados se llevaron al niño.

La Muda pareció no entender. Concentró la piel de la frente en dos profundos surcos verticales. Luego abrió los ojos en un movimiento que desencadenó todos los músculos de su cara. Palpó su grueso cinturón de pirata y sacó un sucio envoltorio de papel periódico. De un manotazo descabezó uno de los extremos para que una hoja de metal relampagueara en un filo eléctrico. Abrió los brazos y la invitó a mostrarle el camino.

—No sé dónde lo tienen... No sé cuándo se lo llevaron.

La Muda amuecó la cara y su boca se volteó en un insulto. Blandió la punta y le reprochó su descuido con el repetido movimiento de sus manos. La Señora de la Fuente inclinó la cabeza, pero la baja estatura de su aliada le impedía escapar de esos ojos engrandecidos por la alarma. No había sitio donde pudiera ocultar su vergüenza. Conmovida, la Muda fue recuperando la compostura y sometió la ira a fuerza de atenazar las mandíbulas y el cabo encordelado de la punta metálica. Cerró los ojos y la llama de su cólera dejó de martirizarle la cara. Aspiró la mitad del mundo mediante un abismal golpe de pecho y echó a caminar amparada en la seguridad de que la otra la seguiría.

Arribaron a la fonda y tomaron asiento frente a frente. La mudez obligaba a la verdad. A hablarle siempre a los ojos y a la cara como quien se mira en un espejo. Y si ella, la Muda, podía engañar a quien quisiera, la Señora de la Fuente consideraba imposible que alguien pudiera men-

tir ante aquellos ojos de piedra pómez, ásperos y dulces a la vez, amasados en la ceniza del hambre y el miedo.

Le contó lo sucedido. La conmoción del sueño; el inadvertido deslatis del corazón de la fuente; la resequedad del agua; la acusación colgando del cuello de la mujer. Le mostró el dibujo en un papel ya humedecido por el sudor. La Muda lo miró como si pudiera leerlo y luego lo colocó sobre la mesa. Lo alisó contra la superficie de madera con su mano basta y pétrea como si de ello dependiera su comprensión. Pero daba igual.

—Quiere decir que estoy condenada... Eso dice... Condenada.

La Muda inquirió con un movimiento de cabeza.

—La de la Escalera... Ella me lo leyó.

La Muda agitó la cabeza en una insistente negativa. Con un dedo que reproducía en pequeño la forma de sus piernas, picoteó varias veces

sobre la palabra escrita y luego lo levantó por encima de su cabeza para lanzarlo en dirección de la mujer de piedra. La Señora de la Fuente confirmó lo que pensaba cuando le puso el mismo dedo en el pecho y lo agitó en una negativa que reprodujo con la cabeza.

La Señora de la Fuente abrió los ojos al tamaño de la boca.

—Entonces se equivocó la de la Escalera.

La Muda dijo que sí mientras con la manos a ambos lados de su cabeza ponía entre admiraciones su certidumbre.

—Entonces es ella y no yo la condenada.

La Muda continuó asintiendo mientras la Señora de la Fuente saltaba de un descubrimiento a otro.

—Entonces la virgen no está enojada conmigo.

La Muda movió la cabeza y canceló el tema cubriendo con una mano el papelito arrugado.

—Entonces ¿quién tiene al niño?

La Muda construyó con el índice y el cordial una escoba que barrió por dos veces consecutivas el papelito arrugado.

—Los de Parques y Jardines —exclamó la Señora de la Fuente feliz de que todo pareciera tan claro—... ¿Y a dónde se lo llevaron?

Pero esta vez la Muda dejó que su inmovilidad respondiera por ambas.

Deambularon en una búsqueda sin razón ni sistema. Subieron y bajaron callejones y callejas conscientes de que el azar era el mejor aliado en aquella ciudad alrevesada, enemiga del resuello y propicia al extravío. No podían hacer más mientras no supieran a dónde se lo habían llevado, porque al que preguntaron respondió con la incredulidad, el desconcierto, el asombro o la burla. Quién habría de querer un muñeco de piedra, incapaz de caber en un nacimiento por enorme que fuera.

IV

Ni el agua, ni los zanates ni el niño regresaron a la fuente. Tampoco lo hicieron los hombres de Parques y Jardines. Dejaron que el limo creciera en los resecos platones de la fuente y hornearan al lerdo sol del otoño su pan de orégano. Y cada vez que la Muda y la Señora de la Fuente regresaban de otra de sus pesquisas por los enredijos de la ciudad, comprobaban el transcurso de los días en la cobriza baba que descendía por las grietas en el cuerpo de la mujer, sacando a la superficie su intrincada red de venas. Muy pronto, el escurrir sin vida se cuajó en una costura amasada por el tiempo. El corazón de lata no fue más un rumor que le entibiaba el cuerpo sino un estorbo que le molestaba la espalda y que una mañana la obligó a cerrar con tres nudos la boca del costal. La Muda le procuraba el pan y la leche y acostumbraban beberlo senta-

das en el reborde de la fuente, cobijadas por un sol cada vez más enclenque. Y cada quien lagrimeaba por separado sus propios recuerdos para terminar llorando juntas bajo las manos vacías de la mujer de piedra.

Decidieron solicitar ayuda a alguien más poderoso. La bruja las recibió de inmediato y les abrió las esperanzas con la inmediata demostración de su sabiduría: para que algo aparezca sólo se requieren dos condiciones: que ese algo esté perdido, y que alguien lo quiera lo suficiente como para hacerlo regresar.

—Porque —agregó la bruja con opulencia profesional—, las cosas no se pierden nada más porque sí, sino que se van por voluntad propia. Y para que vuelvan, primero hay que encontrarlas, y luego, hacerlas regresar. Y eso —terminó con una beatífica sonrisa desdentada—, sólo el amor puede lograrlo.

La Muda la señaló con el dedo y la Señora de la Fuente confirmó apresurada.

—Sí... No hay nadie que lo quiera como yo.

—Pues entonces tú serás la madrina del trabajo... Pero conste que si no lo hallas, no será por mi culpa, sino porque no lo quieres como piensas que lo quieres... ¿Qué es lo que se busca? ¿Hombre, animal o cosa?

La Muda se disponía a describir lo buscado pero la bruja la detuvo con un gesto enérgico.

—Déjala a ella —aclaró—. Sólo quien más lo quiere puede decírmelo...

—Es un hombre —dijo la Señora—...un hombre que también es un niño.

La bruja se molestó por la sinrazón del caso. Y la Muda la miró sin entender.

—Explícate —la reprendió—. O es un hombre o es un niño... Es importante que lo sepas porque no es lo mismo buscar una cosa que otra... Y no es lo mismo quererlo para tenerlo, que para dormir con él. ¿Entiendes?

Y la Señora de la Fuente, para no confesar su confusión, aclaró:

—Es un niño.

La bruja la miró extrañada mientras la Muda asentía firmemente con la cabeza.

—Niño perdido o no tenido.

—Perdido —respondió.

—¿Desde cuándo...?

La Señora de la Fuente se volvió para apoyarse en la Muda. La bruja reconoció el problema y dejó que ésta interviniera.

—Con los días no hay problema —aclaró— ... ¿cuántos?

La Muda extendió una mano completa y separó un dedo de la otra.

—¿Días o meses? —exigió la bruja en demostración de curia profesional.

—Días —concluyó la que podía hablar.

Puestas en palabras, las instrucciones parecían sencillas aunque difíciles de cumplir.

—Deberás atrapar un pájaro justo cuando el sol anda alto. Negro, si buscas a un hombre...

—Busco a un niño —aclaró la Señora de la

Fuente mientras la Muda asentía solidaria.

—...colorado si quieres recuperar una cosa —continuó sin hacerle caso— ...y blanco si buscas a un niño. Si es un niño vivo, tiene que ser pájaro macho. Si es un niño sin nacer, tiene que ser pájaro hembra... ¿cómo lo buscas?... ¿vivo o por nacer?

La Señora de la Fuente se quedó perpleja. La Muda tampoco supo qué responder.

La bruja se impacientó.

—¿Cómo lo quieres? —exigió la bruja incómoda con la situación.

—Es de piedra —se decidió la Señora de la Fuente—. Pero está vivo.

La bruja amuecó la cara. El silencio llenó la trastienda y acrecentó la pesada fragancia de las yerbas.

—¿Traen con qué pagarme?

Las dos dijeron que sí.

—A ver, enseñenme...

La Muda extrajo del cinturón de pirata un apre-

tado tamal de billetes. Lo separó en dos montones y se lo mostró en ambas manos en un intento de que parecieran más de lo que eran. La bruja respiró aliviada y controló su creciente hastío.

—A ver, explícame cómo está eso de que es de piedra.

—Es un muñeco de piedra —aclaró la Señora de la Fuente.

—Entonces es una cosa —decretó la bruja. La Señora de la Fuente pidió aclaraciones.

—¿Cosa?... ¿Cómo la que se mete en un costal?

—Como la que se mete en un costal —confirmó la bruja.

La Señora de la Fuente negó con la cabeza. No, entonces no se trataba de una cosa. No era algo que pudiera venderse o cambiarse por un pan aunque fuera más grande que el hambre o por una cobija mucho más gruesa que el frío.

—No... Es un niño de verdad aunque de piedra.

La bruja miró a la acompañante en solicitud de ayuda. Se llevó un dedo a la cabeza para hacerla girar justo en la sien, pero la expresión de la Muda le aconsejó conformarse con rascarse el cráneo. A su espalda, las estampas de los santos tutelares entristecían el rostro avergonzados por la situación o la increpaban con mirada admonitoria. Decidió que ambas tenían la razón.

—Bueno... Entonces necesitarás tres pájaros al mismo tiempo... Uno colorado por si el niño es una cosa, otro blanco y macho por si está perdido, y otro blanco y hembra por si todavía no nace.

La solución gustó a las comadres que asintieron complacidas. Ya en dominio de la situación, la bruja continuó impartiendo sus instrucciones con la adolorida voz de las profesionales.

—Envolverás los pájaros en un paño... del color que quieras —aclaró antes de que se hicieran de preguntas—. Y los echarás en el agua más cercana al sitio donde desapareció lo que

buscas... Si el pájaro se ahoga... Resígnate, que lo buscado, o está muerto, o no te pertenece. Si el pájaro logra liberarse de su mortaja, síguelo, que te conducirá al sitio donde se encuentra lo que buscas...

—¿Y si no lo alcanzo? —aclaró la Señora de la Fuente.

—Entonces querrá decir que no lo querías lo suficiente como para volver a encontrarlo... Se acabó la consulta.

Y extendió la mano para exigir lo estipulado.

Abandonaron el estanquillo con la determinación de hacerse de los pájaros lo más pronto posible. La Muda abrió la marcha y orientó sus pasos rumbo a la parte baja de la ciudad. Por el camino agitó varias veces los brazos como si pretendiera volar, mientras se pasaba las manos sobre el vestido rojo. La mano convertida en botella sobre los gruesos labios de la Muda, no dejaron duda respecto a la identidad de quienes habrían de ayudarla a cumplir sus pretensiones.

La Señora de la Fuente se mantuvo a su lado a pesar de que le costaba trabajo igualar su tranco con el de su amiga. La Muda picoteaba la banqueta con su andar resuelto, rebasaba peatones y esquivaba a ociosos sin compadecerse de sus apuros y resoplidos.

Arribaron a la parte baja de la ciudad y callejonearon hasta encontrar a los borrachos que se espulgaban el cuerpo cobijados por la manchas de sol entre los caserones humedecidos. Las vieron aparecer tan decididas y resueltas que supusieron entraban en son de guerra. Se incorporaron tambaleantes, recularon hasta apoyar la espalda en la pared más propicia y se organizaron en orden de batalla. No era la primera vez que la parejita aparecía con ganas de desquitar pasadas ofensas o desvanecer rencores momentáneos en sus reblandecidas personas.

Los borrachos las esperaron contritos, apuntalados por un olor rancio y caliente, dispuestos a defenderse de la manera más digna que les

fuera posible. Pero la Muda abrió los brazos y mostró las manos vacías en demostración de paz. La Señora de la Fuente colocó el garrote de guayabo a su espalda en aval del gesto de buena voluntad. Los borrachos las dejaron aproximarse sin romper su línea de combate e hicieron plena ostentación de las piedras aprovisionadas para la defensa. Mas cuando las intrusas estuvieron a tiro, la Muda comenzó a hacer aspavientos de pájaro a manera de introducción a las negociaciones.

—Necesitamos un pájaro colorado —confirmó la Señora de la Fuente.

Los borrachos se miraron a las caras y comenzaron a reír. Uno de ellos se llevó violentamente las manos a la entrepierna y atrapó entusiasmado el suyo. Lo sopesó con parsimonia para ver si era del agrado de las solicitantes. Todos carcajearon la broma; pero los regordetes brazos de la Muda en pleno vuelo, y la subsecuente caricia sobre los faldones del vestido colorado, les hicieron saber que no se trataba de una táctica de

distracción para quebrantar su precaria línea de defensa. Se miraron otra vez a la cara y ponderaron las posibles intenciones. Pero ni las razones ni las consecuencias les interesaban tanto como lo que pudieran obtener por ellas.

—Necesitamos un pájaro colorado —insistió la Señora de la Fuente cerrando los prolegómenos.

—¿Y qué llevamos de ganancia? —preguntó el capitán de los borrachos.

La Muda ofreció lo que más tenía a su alcance. Golpeó en repeticiones sucesivas los índices por el costado y señaló después a cada uno de ellos. Los cuatro borrachos humearon bajo el medio día de otoño mientras les daban la espalda para conferenciar. Las encararon transformados en una abierta sonrisa desdentada. El muñón de las lenguas vibrando en las bocas como el torpe badajo de las campanas.

La Muda aceptó el regateo y se chupeteó el pulgar, para repetir después el ademán anterior

y señalarlos a todos con un movimiento similar al recorrido de un dedo sobre las teclas de un piano. Esta vez los borrachos respondieron con carcajaditas roncas que los obligaron a escupir sonoramente contra las piedras del callejón.

—Nones a falta de limones —respondió el capitán entre las risas y los gargajeos de sus representados—. No queremos de las de aquí —dijo imitando el chupeteo de la Muda—. Sino de las de acá —terminó luego de haber convertido su mano en una botella; larga y plena, a juzgar por el brillo que la imaginación les sacó a los ojos.

La Muda asintió repetidas veces y se volvió para mirar a su amiga. La Señora de la Fuente aprobó la transacción a pesar de que no entendía del todo lo que estaba sucediendo.

—Eso... y cuatro cobijitas...

Y cada uno de los borrachos se apretó a sí mismo con los brazos para enfatizar la necesidad de calor.

Una, dijo la Muda con un prieto y gordo dedo apuntando al cielo.

—Tres —dijeron con la boca y con las manos el pelotón de borrachos.

Dos, coincidieron todos haciendo el signo de la paz y del amor que ya se respiraba en ese otoño humedecido en la neblina.

Dos cobijas y un cacharro de aguardiente por un pájaro colorado, que de los otros, ellas sabían cómo encargarse. Los pichones abundaban y no sería la primera vez que la Muda cazara alguno para conjurar el hambre a costa de las palomas que buscaban saciar la suya. Aunque ahora no se trataba de hambre sino de un hijo. Hambre por hambre e hijo por hijo, que cada quien busca el alimento indispensable para su peculiar manera de sentirla.

En la plaza central, los trabajadores de Parques y Jardines colocaban aparatosos adornos de navidad en los sitios estratégicos. Trenzaban ristras de foquitos coloridos en las ramas de los

pinos y colgaban guirnaldas verdes y estrellas de plata en las aristas de los edificios cercanos. La Señora de la Fuente no logró reconocer a ninguno de los que acostumbraban limpiar la fuente para preguntarles si la mujer de piedra había sido castigada por alguna culpa; mas de pronto descubrió que aquello era algo que había dejado de importar. Lo que sí seguía importando era su descuido y su incapacidad para defender a su hijo. Al igual que la mustia del templo, también había permitido que se lo arrebataran.

Se acomodaron en una de las bancas y esperaron a que el sol se detuviera encima de las araucarias. La plaza crepitaba con las palomas que anidaban en los tejados de los edificios cercanos y bajaban a comer lo que la voluntad o el descuido de los transeúntes ponían a su disposición. Un oleaje de plumas bullía a los pies de los paseantes cuando las puntas de las araucarias hicieron blanco en el corazón del sol. Mediodía. Un macho se esponjaba detrás de una

hembra humilde y cabizbaja ajenos a la barahúnda. La Muda los atrajo con un caminito de migas empapadas en alcohol que los alejó más todavía. Las cazadoras apreciaron la ronda y el cortejo sin desatender a los guardias que vigilaban el bien común. El macho se despreocupó de la hembra y propinó engolosinados pellizcos a la carnada. La hembra también juzgó oportuno entretener el hambre y se unió a su consorte en el festín. La pareja se dedicó a asestar premeditados picotazos y a levantar la cabecita en una rápida secuencia que aceleró los efectos del migajón ensopado en aguardiente. Obesos bajo el sopor del sol y de su minúscula ebriedad, los pichones entornaron los ojitos rosados y aquietaron el paso sumergidos en una dulce beatitud.

A la señal continuó la acción y costal y cobija se confundieron en una red eficaz sobre la parejita. Lo demás también resultó fácil. Recogieron los trapos. Clausuraron las salidas con tres dobleces y se alejaron caminando, apresura-

das aunque discretas, denunciadas por la torva mirada de las madres y el feliz asombro de los escasos niños testigos.

82 Antes de alcanzar el extremo opuesto de la plaza, las aliadas terminaron huyendo a la carrera. Cobijadas ya en los vericuetos de la parte baja de la ciudad, la Muda se permitió el tiempo para desenrollar el envoltorio y soplar en las cabecitas sofocadas por el cautiverio y la borrachera. Los animales abrieron los ojos para cerrarlos después adormecidos por el potente aliento de la Muda. Ésta volvió a cubrirlos con la frazada pero dejó al viento las atribuladas cabecitas. Somnolientos por el cálido abrazo, los pichones aceptaron la situación y ronronearon con acento felino una melodía en su propio idioma. Ahora sólo había que esperar a que los borrachos cumplieran con su tarea.

Los borrachos tardaban en aparecer y la Señora de la Fuente tuvo que acondicionar un rincón en su agujero con hojas y ramas. Alimentarlos no fue difícil. Y estuvo segura de que

nunca habían tenido almuerzos ni cenas tan exquisitos como los que les preparaba. Los migajones más frescos y las costras azucaradas del pan de dulce. Arroz y maíz crudo o cocido. El alpiste desperdiciado por los canarios en los zaguanes de las casas ricas. En la tarde, los sacaba del agujero para que dieran puntillosos paseos por el jardincillo alrededor de la fuente. Asegurados por las patas con un cordel, los miraba deambular por el pasto con solemnidad de aristócratas y detenerse muy serios a mirar con displicencia todo lo que sucedía a su alrededor.

83 La Muda aparecía también a esa hora y contribuía a la manutención de los pichones con semillas y atoles. Y mientras esperaban el arribo de los borrachos, aprovisionadas ya con su parte del trueque, colocaba al macho sobre su regazo, le soplaba el pico y le rascaba la cabeza como si fuera un juguete. El macho se acostumbró a los arrumacos y se dejaba consentir con soberbia de preferido. La hembra se dedicaba a sus quehace-

res. Vigilada por la atenta mirada de la Señora de la Fuente, hundía minuciosa el pico entre la hierba y la sacudía con aspavientos de gallina. Pero los borrachos tardaban y la impaciencia comenzó a carcomer el optimismo de las amigas.

La Señora de la Fuente ocupaba las mañanas en vigilar las grietas en el cuerpo de la mujer de piedra. La nata de los primeros días se había convertido en un barniz que a lo lejos semejaba las mordeduras de la lepra, o el hinchado moretón de la gangrena. Los pies aprisionados por cuarteaduras que se enrollaban a sus tobillos como serpientes venidas de quién sabe dónde. Supo que el interior de su cuerpo era una mañana maloliente y verde. Donde antes corría el agua limpia, se cuarteaba la piedra y supuraba un caldo sucio. Fue entonces cuando la Señora de la Fuente supo que ya no podía devolverle al niño. Que debía protegerlo ella misma, sola o con ayuda, pero lejos de ahí, en un sitio donde nadie pudiera ocasionarle daño.

Los ebrios aparecieron una tarde reblandecida por la neblina. Las dos amigas los vieron descender la cuesta en formación militar. Obesos y melencidos, hinchados por andrajos útiles para mantener el frío lo más lejos posible de su cuerpo. Astrónomos de la miseria, medían el paso del tiempo con los harapos que se echaban encima en un ejercicio que habría de invertirse en la medida en que el arribo de la primavera lo ameritara.

Los esperaron sentadas en el borde de la fuente acariciando cada una la cabecita de su pichón preferido, única parte que sobresalía de los trapos con que aliviaban el clima. Sin embargo, ninguno de los borrachos parecía cargar algo que pareciera un pájaro colorado. Cuando estuvieron frente a ellas se colocaron en fila, hombro con hombro, para que con una orden de su capitán, el más obeso sacara de los andrajosos falzones del chaquetón un desteñido envoltorio de papel periódico. Sin decir palabra lo colocó a la vista de las amigas y lo desplegó hasta mostrar

el contenido: un pajarraco adormilado y mustio de color rubí. El borracho lo puso bajo los ojos de la Muda con la soberbia de un sultán que tienta con una gema a la princesa de sus apetitos.

—Un pájaro colorado —dijo el capitán.

La Muda sopló en la cabecita encarnada que se avivó como un carbón encendido. El pajarraco levantó cansadamente los párpados como si despertara de su propia borrachera. La Muda levantó un dedo y señaló el sitio donde debería estar el sol al mediodía.

El capitán dijo que sí.

—Un trato es un trato —sentenció el capitán. La Muda echó un brazo atrás y alcanzó el envoltorio que ocultaba con su cuerpo. Lo abrió con un ademán circunspecto: dos cobijas y un pomo de alcohol. Los borrachos chasquearon la lengua repentinamente humedecida. Y mientras el capitán recibía en sus manos el trueque, la Señora de la Fuente acogía con una sonrisa vasta y cálida, aquel adormilado montón de plumas coloradas.

IV

La ceremonia siempre tenía que ver con el sol, fuera amanecido o justo en lo más alto de la curva del cielo. Esta vez debían acudir hasta el agua más próxima al sitio del extravío y hundir las aves amortajadas en paños de cualquier color. Se citó con la Muda en los diques al pie de la colina que sostenía a la ciudad y no durmió en toda la noche. De vez en cuando constataba con la mano el silencio de la bomba de agua, en un intento por adelantarse al lejano rumor que anunciaría la vida en las venas de la mujer de piedra. Sería la señal del perdón aunque tal vez, como era su caso, tampoco tuviera culpa que pagar. Y para llamar a la buena suerte, imaginó el transparente correr del agua mientras una tibieza igual a la que asienta el sol sobre el cemento, subía desde aquel corazón atribulado por el silencio.

Abandonó el agujero antes de que el sol subrayara la curva de las montañas. Se palmeó las mejillas para activar el calor y chasqueó la lengua en un infructuoso intento por eliminar el sabor amargo que la prolongada expectación había dejado en su boca. La Muda estaría saliendo de su propio agujero. Sin embargo, la Señora de la Fuente, custodia por derecho propio de las aves mensajeras, tenía cosas más importantes que hacer además de la mera recuperación del cuerpo luego de una larga noche de vigilia. Despertar a los pichones, por ejemplo, soplarles a los ojos cachitos de calor para desenredar la neblina de sus propios sueños. Alisar con la mano los paños que habrían de aprisionar su vuelo en el entrecielo del agua, y, sobre todo, apresurar el camino para esperar el amanecer justo en el broquel del lago. Protegió a los mensajeros bajo el gabán y enfrentó el frío de aquel día todavía manchado por la oscuridad con un tranco sostenido y uniforme que dejaba sin uso

y en la covacha, al pulido bastón de guayabo. Por el camino, los pichones latieron como otro corazón y muy pronto el ritmo de su paso los volvió solamente uno.

La Muda la esperaba en el muro que protegía las vueltas del dique. La saludó con la mano aun antes de que ella pudiera hacerlo con la voz. Apretujada por su vestido amarillo, se adelantaba a la mancha solar que ya desbordaba los pretilos de la montaña con un derrame del mismo tono. Entre las dos envolvieron los pájaros con las tres vueltas prescritas y aguardaron, la Muda con el colorado, y la Señora de la Fuente con un pichón en cada mano, a que el sol diera su aprobación con el portento de su luz sobre la piel del agua.

Arrojaron los paños contra la calva del sol y los vieron precipitarse sobre el agua con pesadez terrestre. Los miraron flotar unos segundos y hundirse después sin que movimiento alguno diera razón de la lucha que debería estar

librándose en la entretela del agua. Los envoltorios desaparecieron y las amigas aguardaron por el mínimo temblor que rompiera el sólido barniz dorado. Súbitamente, en un bostezo que desgarró la pasividad del agua, brotó el pájaro colorado aplomado en su propia rigidez. Dio una vuelta sobre sí mismo y clavó el pico en el estanque, mientras a su alrededor, una mancha aceitosa y encarnada, comenzaba a pintar ondas concéntricas. Sólo el silencio irradiaba de aquellas ondas minuciosas. Y cuando ya todo parecía perdido, el vigoroso empuje de los pichones quebrantó la parsimonia del agua y les salpicó la cara con astillas de luz.

Semiciegos por el extenso amanecer que los acompañaba en su vuelo, los pichones giraron a media altura y enrumbaron después hacia los verdes filos de las araucarias del parque. En las aguas del dique, el desteñido pájaro colorado derivaba en un aceitoso resplandor como si lo hiciera en su propia vergüenza. Las dos ami-

gas corrieron en pos de las palomas como si éstas fueran cometas que se elevaran con la mirada.

Trompicaron en las desigualdades del camino y bufaron en las cuestas tras el perdedizo vuelo que parecía resbalar en el jabón de la neblina. La Señora de la Fuente comenzó a quedarse atrás. La Muda la alentaba con su propio aleteo pero muy pronto tuvo que aminorar el paso convencida por la evidencia. Jamás lograrían empatar su carrera con el vuelo de las palomas. Pensarlo siquiera era, y había sido, una locura. La bruja les había vendido la trampa del amor que se mide contra las fuerzas. La detuvo el lloriqueo de su amiga y la esperó para acompañarla. Impotentes, miraron a las palomas desvanecerse en el vacío de la luz y abrir luego un hondo agujero por donde se les extravió la mirada. De acuerdo con las leyes de la bruja, ninguna de las dos quería lo suficiente a ese niño como para quedarse con él.

Se sentaron en un quicio hasta que la respiración se les acomodó en los pulmones sin cau-

sarles dolor. El cielo era un espacio abroquelado por una engeguedora densidad dorada. Auscultarlo equivalía a lagrimear sin causa alguna. De pronto, un rumor persistente y cercano las distrajo de sus preocupaciones. Levantaron la vista y descubrieron a los pichones picotear la esquina. Con aparente indiferencia las esperaban cobijadas en el disimulo de quebrar el ayuno con migajas sólo evidentes a sus ojos.

La Muda se puso de pie y de un tirón levantó a su compañera. La violencia del movimiento provocó el espanto de las palomas que levantaron el vuelo con un aletear sonoro. Reiniciaron la persecución y convencidas de que era imposible alcanzar con los pies a quien escapa con las alas, prefirieron contener el paso y aguzar la vista para no perderlas entre la humosa transparencia que emborronaba el espacio. Las siguieron con los ojos mientras caminaban con paso seguro. Y cuando encontraban un sitio que les permitía proyectar la mirada entre los edificios y las em-

palizadas de los anuncios comerciales, vigilaban desde ahí hasta que algún giro o la momentánea detención en tejados, postes o aleros les permitía ganar terreno sin peligro de perderlas en la acuosa luminosidad del horizonte. Muy pronto las vieron alcanzar el cielo del parque, perderse momentáneamente tras las araucarias y reaparecer frente a la torre de la Catedral como una mano que regresara para llamarlas. Las palomas remontaron la espiga de la torre, giraron en un premeditado esguince, y sesgaron el rumbo para descender en la pequeña plazoleta sobre la que caían en holanes las escaleras de la Catedral.

Las perseguidoras se comunicaron su decepción con la mirada. Los pichones no las habían conducido hasta el niño sino que habían vuelto a su casa, a los nidos practicados entre las juntas de los viejos edificios del centro de la ciudad. Sin embargo, ascendieron la cuesta que las dejaría frente al parque, y cuando estuvieron ahí, las avasalló la marea de palomas que desayunaban

con el alud de granos que el municipio disponía para su contenido. ¿Cómo descubrir en aquel océano a las fraudulentas para reprocharles su ingratitud o castigar el engaño?

Al otro lado de la calle, al pie de la escalinata que llevaba a la puerta principal del templo, las atrajeron los afanes con que un grupo de hombres levantaba, entre alfombras de musgo y abullonadas nubes de paxtle, un establo en el que podrían caber hombres y mujeres verdaderos. En el soporte del tejado, justo donde se tocan los travesaños que sostenían el precario techo de paja, descubrieron a la pareja de pichones mirar hacia todas direcciones antes de echarse nuevamente a volar para desaparecer detrás de la sólida masa del templo.

Las dos amigas cruzaron la calle y se acercaron a los hombres que montaban la escenografía del interior. Esta vez la Señora de la Fuente reconoció a varios empleados de Parques y Jardines y también, a un costado del pesebre, perdi-

do entre imitaciones de asnos y vacas gordiflo-nas, en medio de pinos falsos y paja verdadera, descubrió al niño echado de espaldas como un indefenso cucarachón que agitara al viento las inútiles patitas. Las manos que antes escalaban los peldaños del aire arañaban, endurecidas e inútiles, un cielo de cristal.

La Señora de la Fuente lanzó un alarido que se fue debilitando ante el asombro de los empleados y de los esfuerzos de la Muda que lograba amordazarla con las manos. Contuvo apenas su intento de abalanzarse sobre el niño de piedra y la arrastró lejos de los hombres y de la mujer de la Escalera que, desde el pórtico de la Catedral, incorporaba el cuerpo para verificar si en efecto era la loca de la fuente quien había aullado de tan mala manera. Como pudo, la Muda la sacó de la plazoleta y esquivó los coches que ya circulaban por la calle. La jaló hasta el parque vecino y la tumbó tras los setos. La apretó contra sí en un intento por contener el espan-

to y la furia. Su cuerpo, tenso y convulsionado al principio, fue cediendo a la fuerza de la Muda hasta que se reblandeció en un quejido acuoso y persistente. Muy pronto, sólo fue una consistencia ajena aun a sí misma que lloraba y repetía frases sin sentido.

—...Discutir equivocados... No es su madre. Se lo entregará a los soldados...

La Muda tardó en comprender, mas cuando lo hizo, sintió un miedo diferente llenarle los huecos del cuerpo. Tenía que alejarla de ahí y arrancarle luego aquellos pensamientos que iban a condenarla.

Pasaron el día juntas, sin hablar, deambulando por una ciudad sitiada por la niebla, extraviadas en sus propios pensamientos, sin comer ni beber agua, ajenas al frío y a la llovizna intermitente, hasta que el cansancio les ordenó volver.

La Señora de la Fuente se acurrucó en su agujero, y como nunca, el silencio de la noche le permitió escuchar durante un tiempo tan pro-

longado que se perdió en la somnolencia, el sostenido taconeo de la Muda camino a su propia covacha. Durmió pero ningún sueño le floreció en la cabeza como era costumbre. Su cráneo estuvo habitado por un vacío sin orillas que reventó de pronto como si alguien hubiese arrojado una piedra. No sólo el estruendo sino también el sofocante asedio de la gruesa neblina la despertaron. Sus pulmones eran un confuso e inútil intento por respirar. Abrió los ojos y comprendió que no era la neblina sino el polvo lo que atormentaba su respiración. Una nube de polvo húmeda y pesada humeaba en el helado interior de la covacha.

Salió del agujero maltrecha por el polvo. La neblina del exterior volvió a confundirla. Tropezó contra un objeto sólido y cayó de cara al piso. Un aliento rancio, metálico, la hizo abrir los ojos. Junto a ella, mirándola de perfil, una cabeza de mujer rasgaba la boca en una sonrisa de burla y capricho. Supuso que seguía dormida

y apenas ahora comenzaba a soñar. Recuperó la compostura ante la certidumbre de que aquello desaparecería muy pronto. La conciencia del sueño siempre anuncia su final. Pero no sucedió así. Los miembros de la mujer esparcidos por los alrededores, resultaban demasiado sólidos como para confundirlos con un sueño. Se puso de pie trabajosamente y levantó la vista hacia el pedestal. Sólo advirtió la niebla. Nada. El vacío que antes había cobijado las manos de la mujer, abarcaba ahora todo un extremo de la noche. Nada. La mujer de piedra se había roto contra el suelo mordisqueada por sus propias grietas.

Aunque quiso hacerlo, esta vez no gritó. Se conformó con sostenerse la cabeza con las manos como si también la suya corriera peligro, para no ver aquella que, separada del tronco, seguía sonriéndole desde el piso con una mueca de complicidad. Se aferró a sí misma en un intento por no desvanecerse y lo consiguió. Cuando se sintió fuerte y segura y dejó caer los brazos a lo

largo del cuerpo, la serenidad la bendecía con una tibieza que negaba la presencia del invierno.

■ ■ ■ ■

Sopesó la noche y se dio cuenta de que todavía faltaba para el amanecer. La niebla apelmazaba la oscuridad en una dura mescolanza en la que la luz de los faroles refractaba como la lluvia contra un gabán. Meditó en la posibilidad de solicitar la ayuda de la Muda pero desechó la idea por dos razones: ¿dónde encontrarla a esta hora? Y si la hallaba, ¿se atrevería a secundarla en su plan? Estaba segura de que no. De acuerdo con su razonamiento, no había nada que hacer. El niño era sagrado. Por algo lo habían puesto bajo la custodia de la virgen. Pensar en él de otra manera resultaba un sacrilegio. Pero la Muda no entendía y la Señora de la Fuente tampoco alcanzaba a convencerla de que el verdadero peligro acechaba en el sitio donde el niño se encontraba ahora, sujeto al frío y a los malos tratos de la

100 noche, al cuidado de inútiles animaluchos con aliento de cartón y de una pusilánime acobardada por los soldados. La historia se repetiría otra vez y ella no estaba dispuesta a permitirlo. Así lo había prometido.

Regresó a su agujero y salió armada con el bastón de guayabo. Vació el costal, le dio tres vueltas y lo acomodó bajo el brazo. Echó a caminar como si lo hiciera para levantar a destiempo lo que la ciudad olvidaba para ella.

Desde el parque central vigiló la plazoleta a los pies de la escalinata que conducía al portón principal del templo. Descubrió el bulto inmóvil de la Señora de la Escalera en medio de sus voluminosas posesiones. No había nadie más en los alrededores. El establo de varas de pino y techos de paja y cartón se levantaba solitario en medio de la explanada. Las lajas del empedrado brillaban bajo el sereno mientras la neblina redondeaba puntitos de una luz dura y húmeda en la desolada superficie. La guardia que vigilaba el

Palacio del Gobernador se refugiaba del frío en una conversación distante enredada en el humo de los cigarrillos. Los mustios habitantes de la covacha de paja y cartón también debían estar 101 dormidos.

La Señora de la Fuente cruzó la calle y alcanzó la plazoleta. En una mano el garrote de guayabo listo para enfrentar cualquier contingencia, y en la otra, dispuesto ya, el costal de yute, hondo y tibio, para resguardar al inocente. De puntitas, recortó la escasa distancia que la separaba del establo y muy pronto pudo advertir las formas y volúmenes de sus ocupantes. El asno y la vaca. Un buey desproporcionado y bizco. San José y la muchachita miraban hacia abajo con un gesto entre indiferente y huidizo que contradecía el exclamativo ademán de las manos. Entonces volvió a verlo, desnudo y de espaldas, en medio de una cuna de musgo y paja, como una piedra preciosa en la fría claridad de un estanque.

Miró hacia todos lados y ante la certeza de su soledad, penetró a la covacha olorosa a engrudo y se inclinó para levantar al dormido. El niño pesó en sus brazos y la obligó a quejarse por el esfuerzo. El gemido se magnificó en el silencio y rodó rebotando por el enredijo de las varas y el cartón. Desde el fondo del establo, detrás de las inofensivas estampas de los padres, surgió un trabajoso bulto atribulado por bufandas y cobijas, que le golpeó la cara con un repentino chorro de luz. La Señora de la Fuente aprovechó la entumida torpeza del guardián y consiguió meter al niño en el costal de yute. Se irguió en toda su estatura y amenazó al desconocido con el palo de guayabo. El hombre, maniatado en su propio enredo refuló ante la imposibilidad de alcanzar sus armas. Sin embargo, interrumpió el silencio con un grito que avivó lo que hasta ese momento parecía inanimado. El establo cobró vida y detrás del aparatoso buey estrábico, brotó un segundo encobijado

con iguales intenciones aunque con mayores posibilidades de cumplirlas. La Señora de la Fuente midió la situación y optó por la huida. Con un poderoso golpe de brazos echó el costal al hombro y, apoyándose en el bastón, emprendió la escapatoria sobre el camino que los chorros de luz abrían en la plazoleta.

La plaza entera se iluminó con la Señora de la Fuente justo en el centro. La guardia del palacio acudió en auxilio de las voces y en lo alto de la escalinata, erguida en toda su magnitud como nunca la había visto antes, descubrió a la Señora de la Escalera señalarla con la mano e identificarla por su nombre.

—¡Es la loca!... ¡La loca de la fuente!

La Señora de la Fuente se desembarazó del bastón de guayabo para aligerar el paso y se internó entre los setos y matorrales del parque central. Con un rápido giro de cabeza, advirtió a los policías conferenciar con los encobijados del establo y a la traidora de la escalera vociferar

puesta de pie. Meditó en las posibilidades de la escapatoria. Hacia los diques de abajo o hacia su propia covacha. Optó por lo primero, acomodó en su hombro el peso del costal, y echó a correr hacia la oscuridad.

Casi a ciegas, ayudándose apenas con la luz de los escasos arbotantes, enrumbó hacia los diques con la intención de rebasarlos, alcanzar los cerros, el cobijo de las arboledas y las fincas de café. Pero la ruta era accidentada y sinuosa, la carrera comenzó a researle los pulmones y luego la respiración. Varias veces trastabilló en las vueltas y trompicó en baches y agujeros. Tuvo que detenerse en los quicios con mayor frecuencia y por periodos más prolongados. El muchachito se ponía más difícil y aumentaba de peso y de tamaño en cada esquina. Detrás de ella, empapelados por la distancia, los gritos de sus perseguidores rebotaban en las paredes de la noche. Al frente, en el más remoto extremo del horizonte, desvaídas uñas amarillas rasguñaban

la oscuridad. Pronto amanecería, y con ello, la fuga se volvería más ardua. Tenía que encontrar un refugio pronto y cercano.

Perdida en el enredijo de las calles y la noche, asediada por el cansancio y por los gritos, la Señora de la Fuente se amparó en la posibilidad de la costumbre. Orientó su andar hacia su propio agujero con la esperanza de que la mujer de piedra hubiera recuperado su fortaleza y los esperara con las manos abiertas. Conformada con la idea, acunó la carga entre sus brazos y permitió que la cabeza del niño surgiera por la boca del costal.

Ajustó sus pasos al ritmo de su respiración y enrumbó serena y confiada hacia su covacha como si volviera de un paseo con el muchachito.

Arribó a la fuente con el niño en brazos y cobijado por el costal de yute. Y cuando estuvo ante el pedestal vacío, la ausencia de la madre sólo abrió las puertas de un indomable cansancio que la dejó sin pensamientos. El peso de la

106 fatiga le cerró hasta la posibilidad de las lágrimas. Miró sin rencor los miembros de la mujer desperdigados por la banqueta y el jardincillo que rodeaba la fuente. La cabeza a la que el golpe contra algún filo había contagiado una mueca burlona; las piernas separadas del torso, los brazos unidos por los codos, las manos incapaces de cerrarse sobre el vacío.

■ ■ ■ ■

La sacaron a tirones del agujero. Sin embargo, sostuvo hasta donde le fue posible el bulto del costal contra su pecho. No consiguió reconocer a ninguno de los hombres y consideró inútil solicitar ayuda. Su resistencia consistió en dejarse reblandecer bajo las manos que la sujetaban hasta convertirse en una masa sin forma e indócil a los manipuleos. Dedicó toda su energía a retener el ropón de yute que acunaba al muchachito. En los ajetreos, se le vino a la mente la mujer muerta a pedradas por haber asesinado

a sus hijos y luego, en un juego de sustituciones cuya lógica resultaba imposible rebatir, la de quien había entregado el suyo sin luchar. Pero cómo hacerlo contra tantos hombres. Cómo defenderse de quienes la acusaban. Los miró meterse en su covacha y tirar luego a mitad de la banqueta sus posesiones. La cobijita, los cacharros de la cena. ¿Dónde había quedado el bastón de guayabo? Ni siquiera la Muda aparecía para ayudarla porque ella también les había dado la razón.

No sin trabajo lograron arrebatarse el costal. Y con más cansancio que espanto, vio a los policías vaciar el contenido sobre la banqueta. Entonces lo miró salir a pedazos: la cabeza, las piernas regordetas, las manos juguetonas, todo él convertido en una cosa sin sentido, desperdigado por el cemento como las migas que se le avientan a los pichones. Él, que había sido el pan de cada día, resquebrajado en un montón de mendrugos incapaces de quitar el hambre por pequeña que fuera.

107

Entonces, al verlo así, tan contrahecho y desconocido, comenzó a llorar unas lágrimas gordas y malolientes que le embadurnaron la cara. Algunos policías se hicieron los desentendidos; pero otros se burlaron de ella.

—Ora sí... Quién te hubiera visto ayer tan a la carrera, vieja loca.

Dijo uno y los otros se rieron. Los que andaban de uniforme se alejaron para conversar a solas. Hablaban entre ellos y de vez en cuando se volvían para mirarla y negar con la cabeza. Discutían un asunto que seguramente la tenía a ella en el centro. Llegaron a un acuerdo y regresaron. Uno de los jefes dio una orden que un policía obedeció rápido aunque con desgano. El policía comenzó a recoger sus posesiones y a meterlas en el mismo costal de yute que antes había servido de refugio y pijama al muchachito. Cuando terminó se lo ofreció con el brazo extendido al máximo como si tuviera miedo de tocarla con la mano. La Señora de la Fuente lo

aceptó y para su sorpresa, uno de los jefes la tomó del brazo y la cruzó al otro lado de la calle. La dejó ahí, como si la depositara al otro lado de un río que de tan hondo jamás se atrevería a volver a cruzar, y se devolvió hacia lo que quedaba de la fuente.

—Se acabó —le dijo sin volver la cabeza—. Búscate otra casa y date de santos que no te mandamos al asilo.

—O al manicomio —aconsejó un policía para que todos volvieran a reírse.

Del otro lado de la calle, sin atreverse a regresar, la Señora de la Fuente los vio tapiar el agujero con unas tablas gruesas y anchas. Metieron clavos contra el cemento todavía duro de la base de la fuente. Clavos enormes y cabezones. Los vio poner encima un letrero de papel cuyos dibujos recordaba haber visto colgar del cuello de la mujer de piedra. El que la había ayudado a cruzar se volvía de vez en cuando y la conminaba a marcharse con un movimiento de las

manos. Pero algo la obligaba a permanecer ahí, a mirar cómo clausuraban su casa, cómo recogían los restos de la madre y del muchacho, y los amontonaban del otro lado del pretil como si la falta de forma los convirtiera en un montón de basura.

Echó a caminar molesta por las lágrimas que continuaban cayendo pesadas y olorosas a fierro. Por encima de los postes de luz, una alharquieta mancha de zanates la rebasó sin reconocerla. Volvió a recordar a la dama que había matado a sus hijos y trató de imaginar su cara pero no pudo hacerlo. Sus rasgos se diluían en el recuerdo a diferencia de la mustia de la iglesia, cuya carita coloreteada solía aposentarse en su memoria con displicencia de mariposa. Se contentó con imaginarla contra los callejones y las tomas de agua, larga y flaca como una espina. Continuó caminando hasta que sintió la necesidad de acelerar el paso y echarse a correr. Y al mismo tiempo que su necesidad, todavía

con la imagen de aquella desmelenada que salía de noche, apareció un ansia que de tan poderosa se convirtió en un dolor ácido y bullente que le nacía en el estómago, ascendía por los vericuetos del cuerpo, se le atoraba un momento en la garganta, y resonaba contra el día recién amanecido en un borbotón incontenible.

La Señora de la Fuente, de Luis Arturo Ramos, se terminó de editar el 21 de septiembre de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.

